

des morales (la injusticia). Sturgeon ha utilizado con éxito ejemplos sacados de los libros de historia para resaltar este punto. Si tomamos al pie de la letra esta fuerza causal-explicativa de lo bueno y lo malo, no podemos entonces negar su plena realidad. Rottschaefer sugiere que se puede completar el argumento de Sturgeon con ayuda de lo que la psicología considera que es la mejor explicación del desarrollo moral: se llega a la formación final de la conciencia moral por medio de técnicas que enfatizan en el educando la movilización de la empatía. "Estas técnicas tienen como elemento esencial la referencia a hechos morales objetivos sobre perjudicar o beneficiar a otros" (246). En esta sugerencia encontramos una de esas conexiones en las que podría residir la razón de ser del libro. Pero nuevamente observamos que el juicio es apresurado y que se presenta como evidente lo que no lo es. ¿En qué sentido apoya la empatía la tesis del realismo moral? La idea parece ser que la empatía nos presenta el bienestar de una persona como una valor moral objetivo. Pero esto no es obvio y habría que argumentarlo. Lo grave es que, si retrocedemos al punto del libro donde Rottschaefer introduce el tema de la empatía (al exponer las investigaciones de Hoffman), vemos que se decide por suprimir el elemento cognitivo en su definición de la misma (85). Sin este elemento cognitivo, no parece factible siquiera pensar en un argumento que pretenda mostrar que la empatía nos sitúa dentro del realismo moral, en la medida en que nos revela el bienestar

de las personas como un valor objetivo.

En general, son precisamente este tipo de inconsistencias y de conexiones superficialmente establecidas, las que demeritan el libro de Rottschaefer. Muestran que el autor no pensó hasta el final las conexiones que entrevió entre las distintas disciplinas y problemas relacionados con el actuar moral. Dejan en última instancia en el lector la impresión de haber recorrido una construcción imponente con acabados de segunda, y lo justifican en abandonarla, albergando dudas sobre la solidez de los cimientos.

ALEJANDRO ROSAS
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Freddy Téllez. *En torno a Cioran.* Cuadernos Filosófico-literarios 8, Universidad de Caldas, Manizales 1999.

La Universidad de Caldas ha publicado recientemente este cuaderno, elaborado por Freddy Téllez y dedicado al filósofo rumano, en el cual se incluyen tres ensayos analíticos propios y seis textos traducidos, de los cuales tres corresponden a ideas y respuestas directas de Cioran, y tres contienen puntos de vista de personas que lo conocieron. Este libro antológico contribuye a la difusión y presentación del pensamiento crítico del escritor rumano, y, sobre todo, a despejar el camino

para un conocimiento más riguroso de sus ideas y visión del mundo, que han sido tergiversadas y mal comprendidas. Aporta decididamente la perspectiva del abundante humor y la riqueza de la ironía cioraniana, tan poco apreciadas por la crítica española e hispanoamericana, y que obligan al lector cuidadoso a romper muchos de los prejuicios sobre Cioran. Téllez es el latinoamericano que mejor lo conoce. Aunque los textos son de desigual interés, y algunos más anecdóticos que analíticos, en su conjunto ofrecen, a partir de una amplia formación cultural y una rica gama de relaciones, muchos elementos que conducen a una más certera interpretación del pensador moderno.

El primer texto, titulado *La seductora preñez de Cioran*, es un prólogo sugestivo, muy agradable de leer, donde se descubren las afinidades y desacuerdos que despierta la lectura, y la pasión que se genera entre el lector y el escritor. Ofrece algunas apreciaciones introductorias fundamentales: la visión de Cioran como “pensador que nos conduce a extraerle el máximo de enseñanzas a dos posiciones opuestas ante la vida —la de Schopenhauer, negadora, y la de Nietzsche, afirmativa—” (8), y en este marco oscilante propone las hipótesis interpretativas de las relaciones del autor rumano con dos tradiciones modernas de gran interés.

El prólogo invita a reflexionar sobre “el valor ambivalente del escepticismo: su preñez, su riqueza y sus límites” (8), en contravía de muchas posiciones filosóficas convencionales que censuran como destructora o pe-

caminosa la visión escéptica, y aporta, además de la valoración del escepticismo cioraniano, la reivindicación de la coherencia entre la obra y la vida del escritor, y, por último, la importante afirmación de Cioran “como maestro de la autoirrisión y la ironía” (10), que inaugura otro acercamiento y otra forma de comprensión del filósofo en Colombia. Desde una lectura valorativa, ofrece una mirada nueva y bien enfocada del significado del pensamiento de Cioran: “Cioran es una corriente de aire puro en medio del cuarto encerrado de la Filosofía” (10). Téllez muestra al lector una perspectiva de lectura justa y no desfigurada del pensador rumano, y proporciona referencias y fuentes bibliográficas importantes y rigurosas aún desconocidas entre nosotros (los ensayos de Marta Petreu, Noel Herpe o Roland Jaccard, Alexandra Leignel-Lavastine, los *Cahiers* de 1957–1972 de Cioran, publicados por la Editorial Gallimard en 1997, el libro de Liiceanu, *Itinéraires d'une vie*, de 1995, o el de Patrice Bollon, *Cioran l'hérétique*, de 1997).

Cioran, del escepticismo y la lucidez, o la danza pánica es el segundo trabajo del libro. En 1994 lo publicó la *Gaceta* y en 1995 la revista *Politeia*. Aquí se suma a una colección que completa otros textos de aproximación a Cioran. Es el ensayo más desarrollado e interesante, y un trabajo analítico de gran calidad, con algunos conceptos discutibles: lo pánico del escepticismo (20), o la negación del aprendizaje en el escéptico (21). Relaciona a Cioran con los cínicos griegos, y destaca el

escepticismo como actitud esencialmente filosófica y lúcida de descubrimiento de la condición humana, no como simple método, sino como conciencia, actitud de asombro y pregunta frente al mundo. El ensayo cuestiona, desde la doble mirada escéptica (la de Cioran y la de Téllez), los grandes sistemas filosóficos tradicionales, y sitúa al escritor rumano por fuera de todas sus certezas y en búsqueda continua del “descentramiento” y la “inquietud” desde el “dominio de sí mismo”, el humor y la ironía. Téllez dice al respecto: “Todo escepticismo es un desanudamiento de los universales tranquilizantes, es decir, una disolución del reposo de la verdad absoluta y, por lo tanto, una aceptación de nuestra impotencia constitutiva en cosas del conocer, en cosas del mundo y de la vida. El escepticismo es un danzar en el pánico, porque, si ni el orden ni el reposo existen: ¡que viva el caos!” (20).

El ensayo esboza el nuevo camino de la filosofía actual: el del trazo breve, la levedad y la fragmentación. “La historia de la filosofía —dice— se divide entre aquellos que piensan del lado de la estética, es decir, del juego y de la danza, y aquellos que se mueven cual pesados carromatos del lado de la ontología [...] el triunfo del aforismo sobre el sistema es un camino lleno de tretas, desviaciones y salidas de todo tipo, donde la verdad es asaltada, desanudada, contorneada en el juego de la afirmación transitoria [...]” (22). Frente a los “grandes sistemas filosóficos”, afirma que Cioran no es un filósofo tradicional debido a su escepticismo e

inquietud permanente, y lo mira desde las posibilidades de la “irrisión”, el “juego” y el “humor disolvente” (23).

Dice Téllez al respecto: “Quien no haya reído con Cioran, está perdido sin remedio para la percepción del matiz fino y cáustico. Ciego, por lo tanto, al derrumbe delicado, y diría incluso alegre, del dogmatismo de la afirmación que se realiza en cualquiera de sus libros” (26). El ensayo derrumba los prejuicios del lector común con argumentos fundamentales, y plantea muchas ideas interesantes, sobre todo la comprensión del pensamiento escéptico como actitud inquisidora fundamental en la disolución de las posiciones dogmáticas, del “pesimismo” como forma de moderación frente a los excesos del idealismo humano, y de la risa y el humor de Cioran como instrumentos intelectuales esenciales a la nueva filosofía. Establece el texto un diálogo interesante de contestación y debate con algunas fuentes bibliográficas aún desconocidas entre nosotros,¹ que le permiten a Téllez ajustar mejor la comprensión del perfil ideológico y personal de Cioran, y señalar el camino de las diferencias y relaciones entre el pensamiento del rumano y el de Nietzsche, el de Cioran y el de Heidegger, el de Cioran con respecto a Schopenhauer, o las afinidades entre Cioran y Diógenes.

El señor Cioran es un texto que pretende reconstruir una memoria frag-

¹ White, Kenneth. *Une apocalypse tranquile*. Paris: Grace, 1985.

mentada por el olvido y transformada en su escritura siete años después de una entrevista. Téllez tuvo la oportunidad de encontrarse con Cioran en París, pero reúne *a posteriori* algunas diluidas impresiones personales en un texto más descriptivo que analítico y de poco interés, porque de lo que fue una entrevista no quedó ninguna intervención directa de Cioran.

En la evolución de su reflexión sobre Cioran, Téllez llega al descubrimiento e "intento de análisis de las tomas de posición fascistas del joven Cioran" (11), y aporta algunos textos y testimonios novedosos para el lector hispanoamericano.² Aun cuando el autor los resalta como lo más singular de su colección de textos, creemos que es una polémica ya tardía y sin mucho interés filosófico para la comprensión del pensador maduro, que es el que moviliza y sacude la inteligencia, el que nos despierta de la letárgica imaginación milenaria, el que nos contagia el amplio espíritu libertario y la abundante risa. Las posiciones políticas de la juventud las corrige paulatinamente todo hombre de pensamiento, y Cioran también lo hace. No nos debe sorprender tanto su error, como su capacidad de rectificación. El filósofo inicia desde Francia una revisión conceptual, y en sus trabajos fundamentales

se encuentran textos claves en contra del fanatismo y el dogmatismo, que enmarcan también al fascismo. Las posturas juveniles han quedado superadas a través de su propia autocrítica: del Cioran joven que creyó que la política podría lograr la transformación social, al filósofo, hay un gran trecho: ya no se desgasta con el deseo de cambiar el mundo, y comprende que las ilusiones y visiones del político no son las del pensador. Las inconformidades del político se convierten en reflexión individual. Cioran ha abandonado los intereses y los simulacros de la política, para centrarse en la autenticidad y el desarrollo del pensamiento.

Téllez aporta, dentro de los seis textos traducidos, dos especialmente novedosos: *Mi país* (1949) y *Entrevista con Simone Boué* (1997). El primero es la prueba de una valiosa autocrítica e ilustra una amplia capacidad de rectificación y modificación en Cioran. Téllez, con gran acierto, habla del "coraje intelectual del filósofo". El texto es importante para comprender el tema del fanatismo y la visión crítica de todas las formas de dogmatismo. Descubre el poder progresivo que la desmitificación y el derrumbe de las expectativas ilusorias da al intelecto, y la distancia entre el "yo" juvenil y el de la madurez. En este punto inevitablemente recordamos las coincidencias en la percepción de la experiencia pasada que se dan entre Borges y Cioran. El rumano dice: "ahora que pienso me parece recordar los años de otro. Es ese otro a quien rechazo. Todo mi 'yo mismo' está en otra parte, a mil leguas de

² Sobre el pasado político de Cioran y sus posiciones fascistas puede verse el texto breve de Téllez titulado: *Cioran: los avatares de la (in)creencia*; o del mismo Cioran: *Mi país* (1949), *La tentación de existir* (1956) o *Conversaciones* (1997).

aquel que fui. Cuando pienso en todas las pasiones, en todo el delirio de mi yo de entonces, en mis errores y mis arrebatos, en mis sueños de intolerancia, de poderío y de sangre, en el cinismo sobrenatural que se apoderó de mí, en mis torturas en la Nada, en mis desenfrenadas vigiliás, tengo la impresión de inclinarme en las obsesiones de un extranjero, y me lleno de estupor al ver lo distinto que soy de ese mi mismo. Es más que justo agregar lo novicio en dudas que era yo en ese entonces, que apenas estaba iniciando mi aprendizaje, que me amoldaba en certidumbres que negaban y afirmaban con desmesura” (52). En Borges la experiencia se transforma en juego imaginativo y escritura reiterada: *El otro, Borges y yo* o *Ni siquiera soy polvo* proponen los desdoblamientos sucesivos del “yo” que conforman la historia personal y la ficción.

Entrevista con Simone Boué ofrece mucha cotidianidad y poco interés intelectual, salvo la prueba reina contra las especulaciones e invenciones de una imaginación morbosa y malsana: Cioran aparece para los incrédulos como un hombre alegre con una mujer a su lado, y Simone Boué testimonia lo que las limitaciones de la crítica no pudieron ver: un hombre de gran pasión intelectual y humor, con un mundo afectivo y cotidiano.

El texto de Pierre-Ives Boissau, más interesante y crítico, explica “la transfiguración del pasado” y “la coherencia del universo cioranesco”, sin negar sus contradicciones. Pocos críticos han visto su coherencia intelectual.

El ensayo de Edgar Reichmann, titulado *El funámbulo de la desesperanza*, parte de algunos lugares comunes. Defiende y analiza la evolución de las ideas políticas de Cioran, lo destaca como “maestro de la paradoja” e invita al lector a reflexionar sobre su obra.

La pequeña y breve entrevista de 1949, ya publicada en Bogotá en la revista *Gradiva* en 1992, contiene de primera mano la declaración de algunas influencias y fuentes, que se amplían en *Ejercicios de admiración* (1986). Dice Cioran al respecto: (debo a) “los moralistas franceses, un poco a la metafísica alemana. Mucho a la filosofía griega y un poco a Dostoievsky” (56–57); “los moralistas franceses me han influenciado, en particular Chamfort y La Rochefoucault” (57). Menciona así mismo a Joubert y más adelante a Valéry.

En su conjunto, el libro señala los múltiples valores del escepticismo y presenta un perfil adecuado y justo de Cioran, fruto de una profunda lectura y una buena comprensión de sus textos. Esto, que parecería consustancial a la buena crítica, ha sido lo más difícil de lograr en los distintos estudios interpretativos sobre Cioran publicados tanto en América Latina como en España.

MARÍA DOLORES JARAMILLO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA